

DESTELLOS

Al este de la provincia de Teruel, entre la abrupta geografía de un rincón del Maestrazgo, las luces primaverales comienzan a invadir el paisaje. Suavizan de alguna manera las toscas y enigmáticas estribaciones rocosas. Grandiosas torres de piedra, que junto a ríos, pinos silvestres y carrascas, conforman una singular geografía. Abajo, Villarluego, un pequeño pueblo, comenzando a despertar perezosamente del recogimiento invernal.

La familia Herrero, como otros tantos en aquella comarca, disponía de una casa a dos alturas. Arriba los dormitorios y abajo una gran cocina con chimenea circular, cobertizo y una extensión de tierra donde cultivaban hortalizas y criaban gallinas.

También poseían un terreno a orillas del río. No muy lejos de allí, concretamente en lo que se conoce como el Valle Palomita, incluyendo una cabaña, un pequeño aserradero y un establo. Claudio, el padre de familia, pasaba muchas horas en aquella parcela del valle, cuidando a los animales y preparando encargos de leña.

Era el primer viernes de abril. Mientras Claudio preparaba el café y ojeaba el exterior, bajó corriendo su pequeña Alicia.

—Hola papi... ¡ayer encontré un sapo!

—Qué suerte.

—Sí...pero ya se fue...

—Venga, venga, que llegarás tarde al cole —dijo su madre mientras vigilaba una olla.

Claudio, mientras esperaba al café, arreglaba una serie de bártulos y preparaba su jornada de trabajo. Se despidió y salió con una vieja motocicleta calle abajo, buscando la carretera de Tronchón. “Ah... el aire fresco y la gasolina”. Pensaba con deleite, mientras avanzaba entre campos primaverales de verde esplendor y solitarias masías, como pinceladas en ocre dentro de aquel vasto horizonte.

Ahora, la estrecha franja de asfalto comenzaba a adentrarse, a perderse entre desfiladeros de roca caliza, derivando después por frondosas pistas forestales que conducían a su parcela. Apagó el viejo motor, abrió una pequeña puerta metálica y como cada día, se dispuso a alimentar a los animales. Hecho esto, cogió una carretilla y se dirigió al río. De allí provenían ciertos sonidos inusuales, diríase que cierta algarabía. Se acercó y a través de la espesura pudo contemplar a un grupo de cuatro chicas tirándose agua y empujándose infantilmente.

Estaban al otro lado del río y sus voces llegaban difuminadas por el viento, por la distancia. Claudio, azuzado por la curiosidad y seguramente, seducido por la belleza de la estampa, se acercó a observar. Sacó los prismáticos que utilizaba para las aves y observó.

Ráfagas de destellos dorados nublaron su mente. Aquella diadema reflejando puramente el sol, hiriendo el río y sus ojos con viveza. Justo en el centro de una poética neblina de cabellos castaños, que caían con candor sobre un blanco y simétrico rostro. Siguió observando, fascinado, trastocado, cada vez más cerca. Ahora escuchaba su conversación.

—¿Vas a quedarte ahí todo el día?

—Seguid —dijo la chica de la diadema—. Quiero fotografiar estas plantas.

—No tardes. Tenemos la *tirolina* a las doce —respondió una de sus amigas tocándose el reloj—. Te esperamos en aquel puente.

—Sí, si... sólo veinte minutos...

Claudio dio un rodeo hasta llegar a un tramo estrecho y rocoso, por donde cruzó a la otra orilla. Necesitaba ver, comprobar, admirar, celebrar aquella hermosa inyección ocular que ahora guiaba sus pasos, sin advertir su inminente y progresiva ofuscación.

—Hola —dijo—. Veo que te gustan esos matojos.

—Si... hola, si. Tienen una forma curiosa —dijo Irene mostrando cierta inquietud.

—En verano se llenan de flores blancas —continuó Claudio en ademán tranquilo—.

—Debe de ser bonito... —respondió la chica recogiendo sus cosas—. Bueno... hasta luego, gracias...

—Bonita diadema —susurró interceptando su salida.

El tono y articulación de aquellas dos palabras horrorizaron a Irene de tal manera, que se quedó quieta sin saber qué hacer. Claudio, como ido, intentó acariciar su pelo bañado en reflejos castaños. Ella reaccionó rápidamente e intentó echar a correr. Claudio la sujetó del brazo y tiró con violencia hacia sí, provocando que ella se revoliera y le arrancara de un mordisco un pedazo de oreja con su pendiente de aro plateado. El punzante dolor desató un acceso de ira que se materializó en un arrebatado empujón, quedando ahora la chica inmóvil. En la rocosa orilla, con el cráneo fracturado.

Claudio, ensimismado y perdido en un laberinto de turbación emocional, volvió otra vez a intentar tocar sus cabellos, pero detuvo el gesto. Algo le observaba a dos metros de distancia. Era un sapo.

El resultado de sus frenéticos devaneos mentales ante la situación, dieron como resultado la decisión

de esconderla bajo el agua. En el río. “Sí, con mucho peso”, se dijo. “Nadie la encontrará así”. Resguardó el cuerpo en la frondosa maleza, fue a la cabaña y regresó con una lona, cuerdas gruesas, cadenas y algunas herramientas. La envolvió entre piedras, cadenas y otros improvisados materiales. “Sí, así...con mucho peso”, decía maquinalmente para sí. Introdujo

el cuerpo en una concavidad subacuática y comenzó a colocar rocas enormes por encima, rocas con poder suficiente para mantener el cuerpo firmemente sujeto al fondo.

—Irene, Irene! —se oía a las tres amigas acercarse.

Claudio se escondió cual alimaña. Ya no era un hombre. En cuestión de minutos se había convertido en una sombra, en un destructor del Edén. Un miserable depravador de destellos dorados.

Llegó a su casa pasadas las doce, cuando todos dormían y se quedó en el porche que daba al huerto, divagando y engañándose a sí mismo. “Fue accidental. Sólo la empujé. ¡No tenía que haberme mordido! ¡La muy zorra! ¡Ella es la culpable!”. Y así, después de horas y horas, cansado de forzarse a creer sus propias mentiras, se durmió.

—Buenos días papi... —susurró Alicia con ojos soñolientos.

—Hola —dijo Claudio—. ¿No vas a la escuela hoy?

—¡Pero si es sábado...! ¿Sabes qué...? ¡Ayer vi al sapo otra vez...!

Aquella inesperada conexión entre los dos sapos le hizo torcer el gesto. Aquella imagen lo arrastraba. Los desparramados cabellos entre las rocas y el agua. La diadema dorada. ¡Aquella luz! ¡Rota, ensangrentada! Sólo con un esfuerzo que casi lo consumió, consiguió reaccionar al comentario.

—Qué bien. Qué suerte...

En esos momentos entró Luisa, su mujer.

—En la panadería me han dicho que ayer desapareció una chica de unos veinte años. Qué raro... dicen que fue en el valle... ¿Pero qué te ha pasado en la oreja, cariño?

—Ah... la oreja. Esto... sí, verás. Me lo hizo un perro. Estaba jugando con él y se enfadó — contestó él a duras penas.

—¿Y por qué se enfadó? —preguntó la niña— ¿Acaso le hiciste daño sin querer?

—Era un perro malo —sentenció Claudio tajante, amargamente.

Policías, familiares, amigos y vecinos, formaron grupos de batida. Buscaron por valles, campos, pueblos y montañas durante días, durante semanas. No encontraron el menor rastro de Irene Cervera.

Periódicos y cadenas de televisión especulaban, inventaban historias y como siempre, exprimían los acontecimientos de manera poco apropiada, ahondando en inútiles pormenores lacrimógenos, jugando deleznablemente con lo peor del sentir popular, con la avidez creada, alimentada y aprendida de querer saber aquello que menos importa.

La vida en casa de los Herrero no cambió, en apariencia. Todo seguía su rutina habitual. Pero Claudio, necesitó mentirse constantemente: “Soy el de siempre”, se decía. “Aquello fue un accidente... ¡sí!, ella me mordió, yo no hice nada... se cayó malamente.

¡Pero debiste dar la cara!, ¡ahora al menos, serías un hombre! No un cobarde... ¡no un envilecido ser!”. Pero en sus luchas siempre ganaba el cobarde. Así que seguiría mintiendo. Sí, eso era, como hizo con el cadáver. Piedras y mentiras para sujetar, para esconder que ya no era Claudio Herrero, sino una abominación. Una sombra deforme.

Dos meses después, Luisa venía del mercado. Compró vino, jamón y tres hermosas truchas. Del río, recién pescadas. Iban a celebrar el cumpleaños de Alicia. Ya después, a la tarde, prepararía una gran mesa cerca del huerto con bocadillos y bebidas de colores.

Limpiando una de las truchas, entre las tripas percibió un tenue destello metálico. Se trataba de un anillo con una inscripción en su interior: Irene Cervera. Aquel nombre le resultaba familiar, pero no sabía de qué. El anillo era muy bonito, así que pensó dárselo a Alicia, como un extraño regalo que un simpático pez le hacía en su noveno cumpleaños. Esta idea tan singular, le hizo gracia al principio, pero luego ya no. Pensó que no era apropiado, además el anillo llevaba grabado el nombre de otra persona. Lo mejor era entregarlo a las autoridades. Lo guardó y salió a comprar algunos dulces para la fiesta. Estando en la panadería, comentó el extraño hallazgo con dos vecinas que allí habían.

—Sí, lo he dejado en casa —dijo Luisa—. El lunes lo llevaré al ayuntamiento, por si saben de quién es. Parece de oro...

—¿Y cómo dices que es el nombre que hay grabado? —dijo una de las vecinas.

—Irene Cervera...

—¡Oh! —dijo la panadera echándose la mano a la boca—. ¡Es la chica que desapareció hace más de dos meses...!

—No...no es posible... ¿Estás segura de ello?

La panadera sacó un periódico y las cuatro mujeres se arremolinaron sobre él. El nombre era correcto.

—¡Dios santo...! ¡La pobre chica! —exclamaban—. ¡Ahogada en el río!

Entretanto, Claudio seguía trabajando en su parcela. Siempre lejos de las pesquisas policiales, ya que al parecer no levantó ningún tipo de sospecha. Y más allá, sendero abajo, a la otra parte del río, dolorosamente cerca, la gran aberración. El sepulcro fluvial. El horror y la infamia perpetrada a raíz de una fascinación en un espíritu débil, mezquino, incapaz de soportar un acceso de codicia. Incapaz de mantener el camino recto. Y esto era lo que más le atormentaba. Tanto más que el hecho de haber truncado una vida ajena.

Pasaba los días ensimismado, lamentándose de sí mismo y sin el suficiente arrojo para confesar, comentar o incluso aullar a la montaña lo sucedido. Pero no tenía valor para pagar.

Fue sólo dos días después, cuando después del peculiar hallazgo del anillo, ante nuevas pistas, llegaron de Zaragoza ciertos individuos especializados, sabedores, al menos

teóricamente, de nuevas vías de localización y rastreo. Nada. No encontraron nada. Pero la gente del lugar continuó buscando.

Uno de aquellos días, un grupo de pescadores que por allí rondaba, notó algo extraño en relación a niveles de superficie y profundidad en aquel tramo. Grandes conocedores del río como eran, no tardaron en notar un exceso de roca poco natural en aquel punto. Así pues, con ayuda de tres hombres más, comenzaron a redistribuir las rocas de manera más adecuada, contribuyendo con ello a restablecer la corriente lógica del río.

—Venga Ramiro, que ya lo tenemos —exclamaba el Sr. Ojeda—. Tira un poco más. ¡A la derecha!

—Vale... ¡ya!

Fue algo insólito, una de aquellas situaciones raramente comentada en posteriores tertulias. Cómo aquellos hombres de origen puramente rural, criados en agrestes páramos, curtidos por la exigencia del monte, por la escasez, trocaron su adusto semblante. Quedando suspendidos en el tiempo ante aquella imagen.

Fue así como apareció lo que quedaba de Irene Cervera.

Pronto corrió la voz por todo el pueblo, se informó a la familia y se dio parte a inspectores y forenses. Una vez depositado el cuerpo en una pequeña dependencia de la policía municipal, se procedió a examinar los alrededores de aquel horrible hallazgo subacuático, escarbando minuciosamente cada palmo de tierra, de rocas, de agua. Sin evidencias.

Claudio, habiendo declarado ya en su día, lo volvió a hacer. Más tranquilo esta vez, más confiado. Delegando en su nuevo personaje interior, aquel que despertó ávido y sediento de mal sólo unos meses atrás y al que había ido dando cabida. Era perfecto. Una simbiosis formidable. Claudio culparía al monstruo de las atrocidades, y el monstruo dispondría del hombre para cometerlas. Porque ahora, aquello no había hecho más que empezar.

Sólo que al practicar la autopsia, otro destello metálico. Esta vez desde el cuerpo de Irene. El pendiente de aro plateado.

CONIFEROUS